



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIII

San Salvador, C. A., Agosto de 1958

Número
129

ORIENTACION

Un mensaje de esperanza

Tal fué el discurso navideño del Santo Padre: un volver a mirar las raíces de nuestro optimismo cristiano ante la crisis del mundo.

Es lógico que ante la crisis nazca la angustia. Es natural. Pero el Papa dice que no es cristiano: "El cristianismo no podrá aceptar ni el pesimismo, de éstos, ni su inerte resignación, porque están en abierta contradicción con la idea cristiana del hombre".

La angustia, que en muchos pensadores es real y en otros diletantes propaganda, ha nacido de una falsa concepción del mundo y del hombre. La angustia no es la esencia del hombre ni de lo contingente.

El racionalismo comenzó por negar lo eterno y nuestra vida postmundana: el materialismo gozó ingenuamente del sol nuevo en primavera y del amor nuevo en la juventud; el progresismo sueña con instalar en este mundo nuestra ciudad definitiva lo más confortable posible; el humanismo ha buscado la creación de superhombres en cadena. Nietzsche dejaba a los que quisieran hacerse como niños el reino de los cielos, y reclamaba para los hombres el reino de la tierra. Heine lo abandonaba gustoso a los gorriones y a los ángeles. Para Camus esperar en el futuro es pecar contra el presente. Y este racionalismo, este materialismo, este progresismo ha chocado con la crisis de dos guerras y de dos postguerras. Se ha enfrentado de repente con la inseguridad y con la muerte, con el egoísmo y con la injusticia social. El idolo del hombre, del mundo y del placer se ha derrumbado. Ha nacido la angustia y la desilusión.

"Ignorando u olvidando que Dios está todavía más alto que los mismos cielos, y que su trono se apoya sobre la cumbre de las estrellas, estos tales no reconocen ya la verdad y el sentido del himno cantado por los ángeles sobre la gruta, donde se manifestó la suprema grandeza divina: GLORIA IN EXCELSIS DEO, sino que, por el contrario, están tentados de sustituirlo con el otro de GLORIA EN LA TIERRA AL HOMBRE, al hombre que idea y lleva a la práctica tantas cosas, por tanto al HOMO FABER".

El hombre, rey de la naturaleza, se ha encontrado temblando ante ella. ¿Cómo será una guerra futura?

"A este género humano, compuesto en gran parte de hombres que únicamente se admiran de sí mismos, pero que comienzan a temerse a sí y a su mundo. Nos señalamos una vez más los caminos de Belén".

El pesimismo total es estéril y es caduco; no es cristiano. La esperanza es joven y eficaz como lo eterno. La fe, esa virtud que tanto veneramos, pero en quien pocos creen —¡triste paradoja!— nos da una cosmovisión esencialmente distinta. Ni el hombre ni el mundo son esencialmente malos. Cristo amó nuestra humanidad y nuestro mundo: "El Verbo se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros". El hombre y el mundo están redimidos. Tienen un fin —su santificación (Rom. 6, 22)— y un camino: la doctrina de Cristo. La salvación está en Cristo: "Así que toda redención y libertad nos viene de Cristo y no de la Naturaleza, que siempre, y quizá hoy más que nunca, está dispuesta a remachar sus cadenas bajo el poder de la técnica".

Sabemos también por fe, "que Dios quiere que todos los hombres se salven" (1 Tim. 2, 4) con una voluntad tan seria como manifiesta su muerte. Admitimos la Providencia de Dios. Conocemos nuestro fin eterno. "Pero estas fulgidas verdades, aptas para restaurar la dignidad del hombre y para levantar sus esperanzas, las rechazan los que no logran establecer una relación de necesidad entre lo eterno y lo temporal, entre el Creador y la creatura... el mundo creado y finito, navegando necesariamente en el océano de la eternidad, divina, sigue, por decirlo así, el curso y las leyes de ésta".

He aquí la misión del cristiano y el fundamento de su esperanza. La esperanza no es puramente pasiva ni anida. Es más viril y más seria que la fúnebre angustia, plañideramente negra, que se regodea morbosamente en el propio fracaso.

La esperanza es una tendencia operante hacia lo arduo. Significa trabajo y lucha. Lo fácil no se ESPERA, se aguarda. La esperanza impulsa al hombre a conseguir su fin, dominando para ello las dificultades de la crisis, superándola. Tiende a Dios, pero caminando por el mundo, atravesando el egoísmo y la injusticia, venciendo a la técnica y la muerte. Pero si el cristiano no tiene aquí su ciudad permanente, si ha de pasar por el mundo como un peregrino, no puede despreciar olímpicamente el camino que pisa. Su caminar ha de transformar su senda: de lo contrario tampoco ésta le llevará al fin. Dios ha encomendado a los hombres la salvación de los hombres y ha impuesto a sus fieles la grave obligación de confesarle. Por eso los fieles de las primitivas iglesias eran la corona y la ESPERANZA de San Pablo.

"La cooperación al orden del mundo, pedida por Dios al cristiano en general, debe igualmente evitar cierto espiritualismo que quisiera impedirle todo acceso e intervención en las cosas exteriores y que, adoptado ya en el

campo católico, ha causado grave daño a la causa de Cristo y del divino Creador del universo... La intervención en el mundo para sostener el orden divino es un derecho y un deber que pertenecen intrínsecamente a la responsabilidad del cristiano y que le permiten emprender legítimamente cualquier acción, privada o pública u organizada, dirigida y apta al fin. Ni valen para librar de tal responsabilidad los pretextos sutiles, inventados como excusas, por la inercia de ciertos cristianos... Más aún: debería tener por afrenta el dejarse vencer por los enemigos en la activa laboriosidad y espíritu emprendedor, aun con espíritu de sacrificio. No hay terrenos acotados ni direcciones prohibidas para la acción del cristiano: ningún campo de vida, ninguna institución, ningún ejercicio de poder se puede negar a los cooperadores de Dios".

Para ello el cristiano tiene a su disposición toda la naturaleza. "Todas las cosas son vuestras... Más vosotros de Cristo y Cristo de Dios (I Cor. 3, 22). El Papa quiere esta libertad del cristiano ante las cosas. En su Encíclica "Miranda prorsus" hizo el panegírico de los grandes medios de propaganda. Ahora, ante el escrúpulo de los tradicionales o el fariseísmo de los pusilánimes, vuelve a mostrar su postura. "El cristianismo que no osase hacer suya esta plenitud de libertad, negaría implícitamente al mismo Cristo la prerrogativa del "PODER CON EL CUAL EL PUEDE SUBYUGAR A SI TODAS LAS COSAS" (Phil. 3. 21)".

Esto no quiere decir que la acción haya de ser aislada e improvisada. Se requiere colaboración y consideración del fin que se pretende y de la fuerza con que se cuenta. Pero la acción es necesaria.

Una advertencia muy importante, subraya el Papa:

"Esto supuesto, no es justo atribuir a espíritu de "intolerancia" y de separatismo el que los católicos tiendan a cimentar en base cristiana la enseñanza, la educación y la formación de la juventud; o a establecer organizaciones católicas profesionales; o a favorecer el influjo organizado de los principios cristianos, aún en el campo político y sindical".

Tal vez estas palabras del Papa iluminen un tanto las mentes de los hombres de buena voluntad.

Y la esperanza cristiana, fundamentada en el poder omnímodo de Cristo, iluminada por su amor a nuestra humanidad y a nuestro mundo, alentada por el premio de lo eterno, transformará el aspecto de nuestro mundo en crisis, estérilmente analizado y llorado por los pensadores de la angustia. — S. de Anitua, S.J.

